

NATIONALISM, IMPERIALISM, MACHIAVELLIANISM.
DEBATES AND CONTROVERSIES, DECADES 1880-1910

Nacionalismo, imperialismo, maquiavelismo. Debates y controversias, décadas de 1880 a 1910

Leandro Losada

CONICET*

leandroagustinlosada@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-4658-0819>

Fecha recepción 01.03.2022 / Fecha aceptación: 11.02.2023

Resumen

El artículo estudia un conjunto de textos que, en el cambio del siglo XIX al XX, utilizaron a Maquiavelo para pensar los principales fenómenos de la política occidental de ese entonces, el nacionalismo y el imperialismo. El abordaje de estos textos permite estudiar tres problemas, vinculados a diferentes producciones historiográficas: las tradiciones de

Abstract

The article studies a set of texts that, at the turn of the 19th century to the 20th, used Machiavelli to think about the main phenomena of Western politics at that time, nationalism and imperialism. The analysis of these texts allows us to study three problems, each one related to different historiographic productions: the reading traditions about

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

lectura sobre el autor florentino y sus cambios a través del tiempo; las relaciones entre nacionalismo e imperialismo (en especial, del alemán, considerado por la mayoría de los autores elegidos como caso ejemplar de las enseñanzas de Maquiavelo); y la circulación de referencias intelectuales, en tanto la asociación entre Maquiavelo y el imperialismo fue conocida y usada por autores europeos, norteamericanos y latinoamericanos.

Palabras clave

Maquiavelo, Nacionalismo, Imperialismo, Liberalismo

the Florentine author and their changes through time; the relationship between nationalism and imperialism (especially German, considered by most of the authors chosen as an exemplary case of Machiavelli's teachings); and the circulation of intellectual references, while the association between Machiavelli and imperialism was known and used by European, North American and Latin American authors.

Keywords

Machiavelli, Nationalism, Imperialism, Liberalism

EL PROPÓSITO DE ESTE ARTÍCULO ES ANALIZAR un conjunto de textos y autores que, en el cambio del siglo XIX al XX, tuvieron una característica compartida: acudieron a la obra de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) para proponer explicaciones y diagnósticos de los fenómenos que se juzgaban más importantes de la política internacional de ese entonces, el nacionalismo (en especial el alemán, tal como fue entendido a partir de la unificación estatal culminada en la década de 1870) y el imperialismo.

El estudio de esta producción intelectual es relevante para diferentes campos historiográficos. Por un lado, para la historiografía dedicada al estudio de la circulación y la recepción de los textos del autor florentino. Durante gran parte del siglo XIX (en continuación con interpretaciones arraigadas desde el siglo XVI) Maquiavelo había sido asociado con la inmoralidad y la tiranía, o, en sentido opuesto, con la libertad y la república. La vinculación del autor de *El Príncipe* con el nacionalismo imperialista (una categoría «nativa», es decir, utilizada por los autores que se estudiarán en las páginas que siguen) implicó un cambio interpretativo, y, a la vez, una toma de posición, explícita o implícita, respecto de ejes más específicos de su pensamiento. En particular, qué tipo de nacionalismo había promovido (un nacionalismo militarista o, en cambio, un nacionalismo sustentado en la libertad y la autodeterminación), y qué conexiones podían establecerse entre república e imperialismo. Por estas razones, la apelación a Maquiavelo para pensar el nacionalismo y el imperialismo de finales del ochocientos, no sólo enmarcó un cambio interpretativo acerca del núcleo de su obra, sino una reactivación del interés por sus ideas y su legado.

La segunda razón que fundamenta la relevancia de los textos que se analizarán en estas páginas es que la asociación de Maquiavelo con el nacionalismo imperialista, y las reflexiones que esto motivó tanto sobre su obra como sobre la política internacional, trascendió fronteras, pues fueron temas que despertaron la atención de autores de diversas geografías intelectuales, europeas, norteamericanas y latinoamericanas. Es decir, indica un fenómeno relevante en lo concerniente a la circulación de la obra de uno de los pensadores políticos más importantes de Occidente.

En tercer lugar, los diagnósticos sobre el imperialismo basados en Maquiavelo no han sido estudiados con detenimiento por la historiografía abocada, precisamente, al imperialismo de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Las renovaciones en este campo han provenido, sustancialmente, de investigaciones basadas en perspectivas poscoloniales y de

estudios de subalternidad, y, más en general, de enfoques culturalistas¹. Desde este punto de vista, el presente artículo pretende hacer una contribución a la historiografía dedicada a las vinculaciones entre nacionalismo e imperialismo desde una aproximación de historia intelectual poco abordada por esta considerable producción historiográfica, la recepción y la circulación de la obra de Maquiavelo².

En cuarto lugar, la invocación del florentino para entender el imperialismo es una clave de lectura que tampoco ha sido destacada por la amplísima bibliografía dedicada al estudio de la proyección política de sus ideas. Ciertamente, la aplicación del realismo político, del cual Maquiavelo es reconocido como un referente, al estudio de las relaciones internacionales es un eje conocido³. Pero el análisis de los autores y textos que se estudiarán en este artículo, y por ende, la polémica que suscitó la recuperación de Maquiavelo para pensar el imperialismo en el cambio del siglo XIX al XX, no han sido objeto de reflexión detenida por el vasto corpus de los estudios «maquiavelianos». Esta bibliografía ha abordado, de manera preponderante, otras zonas de su pensamiento, como la relación entre moral y política, el poder, la república, o el conflicto, por citar quizá las más conocidas⁴.

De hecho, la vinculación de Maquiavelo con el nacionalismo y el imperialismo se proyectó, o incluso tuvo una continuidad, en una manera de entender al florentino que ganó fuerza poco tiempo después, a raíz del estallido de la Primera Guerra Mundial y de sus consecuencias políticas, esto es, la concepción de Maquiavelo como «padre intelectual» del fascismo.

En síntesis, este trabajo se inscribe en al menos dos zonas de producción historiográfica, los estudios sobre el vínculo entre nacionalismo e imperialismo, a través de la indagación de una de las explicaciones contemporáneas que se hicieron sobre el vínculo entre ambos fenómenos, basada en la lectura de Maquiavelo; y, por otro lado, la historiografía y las investigaciones dedicadas a las claves de lectura, circulación e intelección de la obra del autor de los *Discorsi*, entre las cuales su asociación con el imperialismo de fines del siglo XIX ha sido hasta el momento poco referida o estudiada.

Tradiciones de lectura sobre Maquiavelo: apólogo de la tiranía, campeón de la libertad

El autor de *El Príncipe* ocupa un lugar central en el pensamiento político occidental. Semejante centralidad tiene una de sus causas en la polémica que han despertado sus textos. Maquiavelo ha sido objeto de controversia intelectual y erudita, pero también de escándalo e incluso de

1. Gascoigne, 2006; Curtin, 2000; Markovits, 2000; Bickers y Henrito, 2000; Scanlan, 1999.

2. Acerca de la relación entre nacionalismo e imperialismo, véanse contribuciones recientes como: Berger y Miller, 2015; Fradera, 2015.

3. Morgenthau, 1948.

4. Barthas, 2010; Spitz, 2017; Litvin, 2019; Zuckert, 2019.

horror. Este aspecto, se ha subrayado, es central para entender su peculiaridad en la historia del pensamiento político, y, asimismo, la vigencia que ha mantenido su obra desde el siglo XVI⁵.

Semejante singularidad encuentra un testimonio ilustrativo en que su mismo nombre ha trascendido las fronteras académicas y especializadas, y se ha convertido en sustantivo o adjetivo para definir conductas y acciones. Se haya leído o no *El Príncipe* o los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, el significado de la expresión «maquiavélico» es ampliamente conocido y utilizado como un modo de referir la maldad, la perfidia o la falta de escrúpulos.

Esta manera de apelar a Maquiavelo tiene largas y extendidas raíces, remontables al siglo XVI, al poco tiempo de que sus principales escritos fueran publicados. Y se vincula con una tradición de lectura que ha sido definida, precisamente, como «maquiavelismo». De acuerdo a esta concepción, desplegada en textos y autores disímiles (católicos, protestantes, humanistas), el florentino es sinónimo del «mal», una noción por cierto polisémica, ya que puede aludir a inmoralidad, hipocresía, mentira, violencia, arbitrariedad, absolutismo, tiranía, ateísmo, en suma, a fenómenos morales, políticos o culturales⁶. El «maquiavelismo» fue una recepción docta o letrada de la obra del autor de los *Discursos*, pero resultó también usual en la polémica política, y tuvo manifestaciones en la cultura popular⁷.

En su proyección política, el «maquiavelismo» implicó relacionar a Maquiavelo con el poder ilimitado y el autoritarismo, así como con la justificación política de conductas abyectas, desde la mentira hasta el asesinato. Su asociación con la «razón de Estado» fue una expresión paradigmática de esta manera de concebir su obra (concepto que, de hecho, fue acuñado por eminentes críticos de Maquiavelo, como Giovanni Botero, o por quienes contrapusieron una «buena razón de estado» -es decir, cristiana- a la impía atribuida al florentino, como Diego de Saavedra Fajardo⁸). En síntesis, el «maquiavelismo» definió al florentino como apólogo de la tiranía, o, más en general, como referente de la opresión y del ejercicio discrecional del poder.

Esta forma de entender, o en todo caso, de referir a Maquiavelo, probablemente la más instalada en el sentido común, convivió con otras concepciones, que otorgaron a sus textos un sentido político e ideológico opuesto al atribuido por el «maquiavelismo». Tal el caso de la tradición de lectura que entendió a Maquiavelo como un autor republicano, identificado con la libertad, o que, en todo caso, había escrito textos como *El Príncipe* para alertar a los pueblos de las conductas de los poderosos, y que tuvo entre sus valedores a firmas del calibre de Baruch Spinoza o Jean Jacques Rousseau.⁹

Una tercera tradición de lectura, más cercana a la anterior que a la primera, asoció a Maquiavelo con la unificación estatal y, a través de ello, con la autodeterminación nacional. Semejante interpretación (sostenida, fundamentalmente, en el último capítulo de *El Príncipe*,

5. Strauss, 1964; Berlin, 1992.

6. Manent, 1990, pp. 33-53; Esposito, 1996, pp. 151-168; Lefort, 2010.

7. Kahn, 2010; Hendrickson, 2015; Zarka, 2008, pp. 145-152; Scichilone, 2011.

8. Maravall, 1983; Puigdomenech, 1988; Forte y López Álvarez, 2008; Howard, 2014.

9. Rahe, 2006; Carta y Tabet, 2007; Ben Saad, 2007.

aquel en el que se hace un llamamiento a la liberación de Italia) tuvo manifestaciones notorias en Alemania y en Italia, entre fines del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX.

En la cultura alemana, Johan Gottlieb Fichte y Georg Wilhelm Friedrich Hegel fueron exponentes destacados de esta forma de concebir el legado de Maquiavelo. La concepción del florentino como un teórico del Estado (inclusive, como un autor fundacional de la noción moderna de Estado) no era estrictamente nueva para entonces, pero cobró fuerza en Alemania a lo largo del siglo XIX. En Italia, por razones quizá más obvias, en tiempos del Romanticismo y después durante el Risorgimento, se extendió la concepción de Maquiavelo como un referente insoslayable de la unificación nacional a través de la construcción y afirmación del Estado. En ambos países, semejante interpretación se proyectó en el Derecho Público y en la teoría del Estado. Esto no quiere decir, por supuesto, que desaparecieran interpretaciones alternativas, como lo ejemplifican, ya entrado el siglo XX, figuras tan disímiles como Friedrich Meinecke (en su estudio clásico sobre la razón de Estado), Benito Mussolini (que referenció a Maquiavelo con el fascismo), o Antonio Gramsci (que concibió al florentino como un autor fundamental para pensar la revolución). Más allá de esto último, la definición de Maquiavelo como un precursor del Estado nacional implicó dejar atrás la asociación del autor de los *Discursos* con la inmoralidad o la tiranía, para vincularlo, en cambio, con la autodeterminación y la afirmación de un poder político fuerte pero no personal, sino basado, justamente, en la estatalidad¹⁰.

En este contexto, en el último cuarto del siglo XIX cobró forma otra recuperación de Maquiavelo, distinta de las tres mencionadas, especialmente en contrapunto con la referida en el párrafo anterior, y que es la que se abordará en las páginas que siguen. De acuerdo a esta interpretación, Maquiavelo no había sido autor de la tiranía, pero tampoco de un nacionalismo o de un poder estatal asociados a la libertad. Por el contrario, era referente de un nacionalismo agresivo y militarista, que justificaba una forma peculiar de Estado, diferente al Estado de Derecho, usualmente denominado «Estado-potencia» o «Estado fuerza», cuya mejor manifestación se encontraba en la expansión imperialista acelerada a fines del ochocientos.

De manera sugestiva, este retrato del significado político de la obra del florentino tuvo sus artífices más visibles en el mundo anglosajón y fue utilizado para repudiar el tipo de nacionalismo y de Estado que condensaba Alemania, es decir, el principal rival para la hegemonía mundial británica en el pasaje del siglo XIX al XX, y un país donde, como se mencionó líneas arriba, Maquiavelo había sido recuperado por algunos de sus máximos intelectuales al momento de pensar la unidad nacional y la construcción estatal.

Maquiavelo como figura clave para pensar la política europea a finales del siglo XIX. La conferencia Romanes de John Morley

En 1897, John Morley (1838-1923) ofreció una conferencia sobre Maquiavelo en el marco de la Romanes Lecture de la Universidad de Oxford. Morley era una figura destacada de

10. Carta y Tabet, 2007; Lefort, 2010; Giorgini, 2013; Del Lucchese, 2015, pp. 156-160.

la vida pública y política inglesa, si se tiene en cuenta que fue, por ejemplo, Secretario en Jefe para Irlanda y Secretario de Estado para la India (fue, asimismo, biógrafo de William Gladstone). La instancia en que dio su conferencia también merece resaltarse. La Romanes Lecture era la conferencia pública anual de la Universidad de Oxford, evento que, además, se había iniciado pocos años antes de la intervención de Morley, a comienzos de la década de 1890, y cuyo primer disertante había sido, precisamente, William Gladstone. En suma, el conferencista y el lugar de enunciación indican que se trató, en sí mismo, de un episodio importante de la vida cultural y académica inglesa.

El interés se acentuó por las consideraciones desplegadas por Morley. Su argumento central fue que Maquiavelo había recobrado una inusitada y notoria vigencia, pues los temas y las ideas que había volcado en sus textos resultaban decisivos para entender los principales episodios y fenómenos de la política europea del último siglo:

Revoluciones en Francia, unificación en Italia, unificación en Alemania, la desaparición del Poder Temporal, la actividad del principio de Nacionalidad, la realización de la idea del Pueblo Armado, todos estos aspectos han levantado, a la vez y de distintas maneras, las preguntas a las cuales Maquiavelo dio tan audaces observaciones¹¹

Morley fundamentaba esta afirmación en una lectura particular de Maquiavelo. En su opinión, el autor de *El Príncipe* no había sido un cómplice o un partidario de las tiranías; sus simpatías políticas habían sido republicanas. Pero, al mismo tiempo, las formas de gobierno eran un aspecto lateral de su pensamiento. La clave de su obra había sido la afirmación del poder político y la conservación del Estado:

Se le ha acusado de incoherencia porque en *El Príncipe* establece las condiciones según las cuales un gobernante absoluto, ascendiendo al poder por la fuerza del genio respaldado por las circunstancias, puede mantener ese poder, con seguridad para sí mismo y la mayor ventaja para sus súbditos; mientras que en los *Discursos* examina las reglas que permiten a un estado autónomo conservar su libertad. Los preceptos cardinales son los mismos. En cualquier caso, el principio salvador es uno: autosuficiencia, fuerza militar, fuerza, flexibilidad, dirección -sobre todo, nada de medias tintas. En cualquier caso, la conservación del estado es igualmente el único fin, la razón de estado igualmente la única prueba y justificación adecuada y suficiente de los medios. *El Príncipe* trata de un problema, los *Discursos* del otro, pero el resorte de las inspiraciones políticas de Maquiavelo es el mismo, cualquiera que sea el tipo de regla que apliquen: el Estado secular supremo¹².

En otras palabras, Maquiavelo no había sido un autor del poder personal y arbitrario, pero tampoco de la libertad. Había estado, en cambio, principalmente enfocado en la afirmación y en la construcción de poder para superar situaciones de conflicto o de vacío institucional. Según Morley, eran estas preocupaciones las que sustentaban la separación que

11. Morley, 1897, pp. 8-9. En esta cita y las siguientes, la traducción es del autor.

12. Morley, 1897, p. 26.

había operado entre la política y la moral cristiana, pues el «Estado secular supremo» como eje vertebral de su obra sólo podía concebirse sobre una concepción inmanente de la política, es decir, como «cosa en sí» y autonomizada de toda autoridad trascendente.

De igual manera, la admiración de Maquiavelo por la república romana, según Morley, se derivaba de su preocupación por la afirmación del poder. No había sido la libertad, sino los recursos disponibles para garantizar orden, las principales virtudes que el florentino había encontrado en el republicanismo romano. Concretamente, la existencia de la dictadura como una magistratura constitucional, esto es, como un mecanismo institucional para afrontar situaciones de excepción. La dictadura admirada por el florentino, destacaba Morley, nada tenía que ver con el «dictador revolucionario» (cuyo máximo ejemplo había sido César). Es decir, mostraba que Maquiavelo no había ponderado el poder personal o la subversión institucional, sino que había sido un autor preocupado por el orden y el poder¹³.

A su vez, Morley destacó otras implicancias de la separación entre política y moral. Este aspecto, también central, a su juicio, de la obra del florentino, significaba que las conductas del hombre público (del gobernante, del estadista) no podían ser juzgadas con los mismos parámetros que las del hombre privado: «Si uno tratara de exponer el caso de la filosofía maquiavélica de una manera moderna, supongo que sería algo de este tipo: —La naturaleza no funciona por reglas morales»; «¿Por qué el gobernante de un Estado debe estar obligado por un código moral del cual el soldado está libre?»¹⁴. De ello se derivaba que: «Tal es la defensa de la razón de Estado [...] En la política no hay delitos, sólo errores garrafales»¹⁵.

Morley no necesariamente aprobaba este tipo de consideraciones. Por el contrario, señalaba que, desde el siglo XVI, la política, el Estado y la diplomacia habían hecho avances que permitían pensar que política y moral no deberían estar reñidas o separadas en el grado que el florentino había postulado¹⁶. Sin embargo, el autor británico también advertía que la escisión entre política y moral, e incluso la fuerza o la violencia, habían ganado visibilidad en la Europa de fines del siglo XIX y que semejante escenario probaba, entonces, que Maquiavelo tenía actualidad; había identificado rasgos constantes, permanentes, de la política:

Es cierto que Maquiavelo representa ciertas fuerzas vivas en nuestro mundo real; que la Ciencia, con su supervivencia del más apto, inconscientemente le presta ayuda ilegítima; que 'no es un tipo que se desvanece, sino una influencia constante y contemporánea' (Acton). Esto es porque la energía, la fuerza, la voluntad, la violencia, aún mantienen viva en el mundo su resistencia al control de la justicia y la conciencia, la humanidad y el derecho. En la medida en que representa un bando en esa lucha eterna y sugiere un conjunto de consideraciones al respecto, conserva un lugar en la literatura de los sistemas políticos modernos y de la moral europea¹⁷.

13. Morley, 1897, p. 29.

14. Morley, 1897, pp. 42-43.

15. Morley, 1897, p. 44.

16. Morley, 1897, pp. 46-47.

17. Morley, 1897, pp. 49-50.

El diagnóstico de Morley, basado en la lectura personal que hizo de los contenidos doctrinarios de la obra de Maquiavelo, era, en suma, que el florentino tenía una vigencia evidente, e inquietante, en la política occidental del ocaso del siglo XIX y de los albores del XX. Maquiavelo había detectado fenómenos que, aunque datados en el momento histórico en el que el florentino había vivido, habían probado ser, a la vez, repudiables y constantes, condenables y universales. Es importante destacar que esta apreciación rebatía un tópico transitado hasta entonces, aplicado a Maquiavelo y sustentado en una semblanza particular del Renacimiento, según la cual este momento histórico, sobre todo en Italia y específicamente en lo relativo a la vida política, había estado pautado por la corrupción y la violencia, la inmoralidad y el crimen. Este punto de vista había permitido fundamentar dos postulados. En primer lugar, la distinción del Renacimiento respecto de la Modernidad, o, al menos, del siglo XIX, debido a una concepción de la historia basada en la noción de progreso, que hacía a aquel primer momento una etapa superada por una política moderna definida por la convergencia entre moral, política, derecho y justicia. En segundo lugar, semejante caracterización del Renacimiento había hecho posible disminuir o desdeñar la estatura de Maquiavelo como autor, en tanto sus textos sólo habrían plasmado o descrito la realidad de su tiempo, antes que reflejar ideas o reflexiones originales del secretario florentino. Ambos argumentos, con sus matices, fueron expuestos por autores del calibre de Jacob Burkhardt, Hippolyte Taine o, en la propia Inglaterra, por Thomas Macaulay¹⁸.

Teniendo en cuenta todas estas coordenadas, puede advertirse que, en su conferencia, Morley tomó distancia del debate sobre Maquiavelo enmarcado entre las opciones autor de la tiranía/ autor de la libertad, y, a la vez, recuperó al florentino (no necesariamente de manera celebratoria) en dos planos, en lo relativo a su vigencia, y a su estatura de autor o de pensador. Semejante recuperación inspiraba, a la vez, cierta cautela ante una noción de la historia como progreso, al menos cuando la atención se enfocaba en la política, pues fenómenos o conductas que se creían perimidas o unánimemente censuradas, mostraban vigor y actualidad.

La conferencia de Morley tuvo un impacto considerable. El mismo no se debió solamente a la interpretación que ofreció del pensamiento del florentino. También tuvo una de sus razones en que condensó una reactivación del interés por Maquiavelo en el ámbito anglosajón. Antes de Morley, un antecedente de importancia había sido el texto ya citado de Thomas Macaulay, publicado en la primera mitad del siglo XIX; y, más cerca en el tiempo a la intervención de Morley, la edición de L. Arthur Burd de *El Príncipe*, de inicios de la década de 1890, que incluyó un texto de Lord Acton, citado, como puede comprobarse en los párrafos reproducidos líneas arriba, por Morley¹⁹.

Un indicador ilustrativo del interés que suscitó la intervención de Morley se encuentra en que la conferencia fue publicada y en que sus argumentos fueron objeto de reseñas

18. Taine, 1900; Macaulay (1827), 1921, pp. 393-427; Burckhardt (1860), 2004.

19. Acton (1891), 1907, pp. 212-231. Véase: Price, 2005. El interés por Maquiavelo en la Inglaterra del cambio del siglo XIX al XX tuvo otras de sus manifestaciones en la literatura: Wells, 1911. Véase: Somos, 2011.

y polémicas. Algunas de esas reseñas se concentraron en ciertos ejes específicos, de larga tradición, como ya se ha señalado, en las controversias existentes acerca del pensamiento de Maquiavelo, como la relación entre política y moral. Pero sobre todo merece destacarse que uno de los tópicos que recibió mayor atención fue, justamente, la asociación de Maquiavelo con fenómenos gravitantes de la política internacional de ese entonces, como el nacionalismo y el imperialismo. Según estas evaluaciones, «la doctrina maquiaveliana» ha sido «revivida por la actividad del principio de nacionalidad, la codicia por las colonias [y], las competencias del imperialismo»²⁰.

Uno de los ejes de polémica abiertos a partir del texto de Morley fue, como ya se comentó, la pertinencia de conectar el siglo XVI con el siglo XIX, esto es, en qué medida los postulados de Maquiavelo (tal como Morley los había definido), tenían verificación empírica en la política del pasaje del siglo XIX al XX. De acuerdo a algunas miradas, a las que subyacía la noción progresista de la historia que Morley, de manera más o menos implícita, cuestionaba, era inadecuado comparar el Renacimiento con el siglo XIX, pues desde aquel entonces se habían afirmado leyes internacionales que tenían como horizonte y propósito la paz, pero que a su vez regulaban la guerra. Desde este punto de vista, nociones que se entendían centrales a la obra del florentino, como la «salvación del Estado», eran inaceptables, pues podían invocarse para preservar intereses particulares (sobre todo, de los poderosos) justificándose en nombre de amenazas externas o conmociones internas. La alusión al interés general y a la «salvación del Estado» era un principio de gobierno que podía habilitar arbitrariedades y la eliminación de las libertades individuales. Este argumento, como puede advertirse, retomaba las polémicas en torno a la razón de Estado. En otra dirección, la separación entre moral y política era injustificable para la política internacional, pues la buena fe, la justicia y la paz eran no sólo principios u horizontes innegociables, sino posibles²¹.

Según otras opiniones, la intervención de Morley permitía releer las consideraciones de Maquiavelo acerca de la política y la moral, y distinguir su pertinencia entre la política interna (o nacional) y la política internacional. Es decir, en la primera dimensión, la violencia, la mentira o la hipocresía eran inaceptables, aun cuando se aplicaran en nombre de principios a primera vista legítimos, como la salvaguarda del interés general o la conservación del Estado. En cambio, en las relaciones internacionales, y más aún en un contexto definido por el imperialismo, proteger al propio Estado de amenazas o de ataques externos era una responsabilidad irrenunciable para la cual todo medio era legítimo, pues la guerra entre naciones era un fenómeno prácticamente inevitable (una afirmación que, vista retrospectivamente, emerge como profética). En esta dirección, se destacó además que la fuerza o la violencia (esos rasgos perennes a los que había aludido Morley), habían adquirido «significado cuasi ético» a raíz de la teoría de la evolución²². Es decir, el darwinismo social probaba la verdad,

20. Greenwood, 1897. Traducción del autor.

21. Harrison, 1897.

22. Hertford, 1897; Smith, 1897.

con legitimidad científica, de las tesis que el florentino había formulado al pensar la política en tiempos del Renacimiento.

Fueran cuales fuesen las opiniones, el caso testigo, ya referido por Morley, el país que alentaba a pensar la reactualización de Maquiavelo en la Europa de finales del siglo XIX, era la Alemania de Bismarck. El maquiavelismo contemporáneo era el bismarckismo:

se puede decir con justicia que la moral de Maquiavelo se ha convertido en una característica más marcada en Europa que hace una generación. Europa está hoy más lejos de realizar el ideal de la política transformada en moral que en los optimistas días de 1848. Todos nos inclinamos a sostener ahora con la doctrina alemana que el movimiento mundial es independiente de la moralidad²³.

Como se señaló en el apartado anterior, la asociación de Maquiavelo con el nacionalismo y el militarismo no era nueva, o una lectura surgida a fines del siglo XIX²⁴. La concepción de que el último capítulo de *El Príncipe* develaba un intenso patriotismo en búsqueda de la unificación política de la península itálica tenía largas raíces, y había sido reactivada en el siglo XIX por el Romanticismo italiano, y en la propia Alemania, por autores como Fichte o Hegel. El énfasis prevaleciente en estas lecturas había sido establecer un vínculo entre unidad nacional, autodeterminación y superación de fracturas y divisiones a través de la afirmación de un poder estatal que, al erradicar conflictos internos y doblegar ambiciones externas, realizaba la libertad interna y externa de la nación. Ahora bien, el cambio ocurrido en el tránsito del siglo XIX al XX fue que Maquiavelo se asoció con un nacionalismo agresivo cuya continuación natural era el imperialismo. Alemania, y Bismarck, se convirtieron en los ejemplos proverbiales de estas tendencias, y, por ende, en los casos paradigmáticos de lo que se entendió como una comprobación de la vigencia del florentino, que reactivó el interés por su obra en intelectuales y publicistas.

Maquiavelo, el nacionalismo militarista y el imperialismo. Versiones europeas y americanas

La intervención de Morley condensó varios de los tópicos recién señalados y tuvo proyección más allá de Inglaterra. En 1900, el politólogo y diplomático norteamericano Paul Reinsch (1869-1923) publicó un importante estudio sobre la política internacional, y citó los textos de Greenwood y Harrison sobre el escrito de Morley para postular que Maquiavelo era una referencia central para entender las dinámicas geopolíticas del momento, pautadas por la competencia nacional, el imperialismo y la posibilidad cada vez más concreta de guerra. Alemania, una vez más, era el ejemplo paradigmático. Según Reinsch:

23. Clarke, 1899.

24. Maquiavelo, vale recordar, abordó este tema en *El arte de la guerra*. Dicho texto es citado por Morley, 1897, p. 15.

El tratamiento de Maquiavelo a manos de los historiadores modernos y los críticos literarios ilustra adecuadamente el temperamento político de la era actual [...] En el siglo pasado, sin embargo, su carácter como apóstol del nacionalismo ha ganado reconocimiento; y especialmente en aquellos países que han estado luchando por la realización de la existencia nacional (Alemania e Italia) su fama ha subido tan alto que, como filósofo político, ocupa el segundo lugar después de Aristóteles. Su principal doctrina -que en los grandes desarrollos históricos, como en el nacimiento de las naciones, las reglas ordinarias de la moralidad no pueden ser consideradas vinculantes para un estadista, cuyo único deber es asegurar la existencia de un estado dentro del cual la moralidad y la civilización puedan prosperar- ha vuelto a convertirse en la influencia rectora de la política²⁵.

En breve, en «la lucha del nacimiento del imperialismo nacional, así como hace siglos en la lucha del nacimiento del nacionalismo, el pensamiento maquiavélico y los medios maquiavélicos son característicos de la acción política»²⁶. El argumento de Reinsch era que este maquiavelismo contemporáneo se había visto reactivado por la recuperación del concepto «griego» según el cual el Estado era el «bien último» al que todo (y todos) debían subordinarse, la teoría de la evolución darwiniana, y los aportes de autores como Hegel y, fundamentalmente, Heinrich Von Treitschke (1834-1896). La fuerza y la violencia, no la razón, la paz y la justicia, guiaban el rumbo de la humanidad. Sobre ello, había cobrado forma un nacionalismo imperialista agresivo, opuesto al liberalismo²⁷.

En el mundo atlántico hispanoparlante todas estas interpretaciones, controversias, textos y autores fueron conocidos y citados. Un buen ejemplo es Adolfo Posada (1860-1944), referente del Derecho Político español y de un liberalismo de orientación reformista de inspiración krausista. Posada hizo propia la concepción de Bismarck como un nuevo Maquiavelo, y de Treitschke como el principal continuador de las ideas del florentino. A partir de ello, plasmó una semblanza condenatoria del nacionalismo imperialista alemán:

A pesar del tiempo... de las Revoluciones emancipadoras, de la gran marea democrática, del radicalismo optimista y del advenimiento de las conciencias de los pueblos a la escena de los grandes movimientos políticos, vivimos en pleno dominio de las ideas y prácticas puestas de relieve por el gran florentino, o mejor, en plena política de *El Príncipe*, reforzada con nuevas bases filosóficas, y vigorizada con la savia de amplias concepciones sociológicas. Tal política se ha rehecho como una filosofía de la historia, y se ha convertido en un arte del éxito, para el engrandecimiento nacional y la dominación internacional. El maquiavelismo se ha hecho bismarckiano; el nacionalismo ha utilizado al máximo la substancia política -llena de vida y de pasión- del famoso libro del florentino. Y ahora esa substancia refinada nutre el internacionalismo imperialista²⁸.

25. Reinsch (1900), 1916, pp. 14-15. Traducción del autor, al igual que en las citas siguientes.

26. Reinsch, 1916, p. 16.

27. Reinsch, 1916, p. 17; también pp. 72-75.

28. Posada, 1915, p. 11.

Posada se apoyó en Reinsch, Harrison y Greenwood para desplegar semejantes afirmaciones. Con todo, también precisó que el imperialismo alemán no era una mera reversión del maquiavelismo, pues tenía horizontes políticos y éticos más elevados, juicio que se sostenía, nuevamente, en una noción de la historia como progreso, por la cual el siglo XIX era incomparable con el XVI. Bismarck y Treitschke, aun siendo perniciosos y discípulos de Maquiavelo, condensaban una «concepción de la política más amplia y madura», por poseer «un deseo o anhelo de grandeza moral» ausente en su maestro:

Sin duda en la filosofía política del Estado agresivo, imperialista, hacia afuera, y absolutista o de dominación—gobernante—en su interior, hay más que el puro maquiavelismo de *El Príncipe*. Aun en las manifestaciones que pueden estimarse más características y de muy directo influjo en el desarrollo del proceso catastrófico del Estado-potencia, adviértese, a veces, el propósito de rectificar en algo esencial la concepción misma de Maquiavelo [...] No se quiere prescindir de la ética por los que ahora afirman la omnipotencia del Estado y ponen la construcción de uno fuerte y dominador por encima de todo. Su punto de vista entraña, sin duda, una concepción de la política más amplia y madura, y de más compleja raigambre histórica que la de *El Príncipe*; tiene otras perspectivas y otra visión de la historia universal. En su fondo—en Treitschke especialmente—late un deseo o anhelo de grandeza moral²⁹.

Es importante resaltar que, para Posada, así como para Morley, Greenwood, Harrison o Reinsch, Maquiavelo no había sido un autor de la tiranía o del poder personal. Era, en cambio, un teórico fundacional del Estado moderno. Ahora bien, Maquiavelo había delineado un tipo de Estado, el Estado fuerza o «potencia», que, reactivado en el siglo XIX por el nacionalismo y el imperialismo, merecía repudio y crítica.

Un argumento similar fue desplegado por otro español, Nicolás Rodríguez Aniceto, en un texto en el cual es citado el escrito de Posada recién mencionado. Según Rodríguez Aniceto, Maquiavelo era el referente insoslayable de un «nacionalismo sin escrúpulos y sin ética» y del «Estado potencia», que tenía en Alemania, otra vez, su principal exponente³⁰. Posada era, precisamente, una guía para entender «la evolución de la doctrina maquiavélica de simple nacionalismo a imperialismo nacional»³¹. En este contexto, el énfasis más singular de Rodríguez Aniceto era la conexión de Maquiavelo, más que con Treitschke, con Friedrich Nietzsche, referenciado a su vez con argumentos vitalistas e irracionalistas. En palabras de Rodríguez Aniceto, un autor cuyo principio sustantivo era «la voluntad de potencia, voluntad vital, inagotable y creadora»³².

En Hispanoamérica la vinculación entre Maquiavelo, el nacionalismo alemán y el imperialismo también fue conocida, pero, a su vez, recibió valoraciones contrastantes. Por ejemplo,

29. Posada, 1915, p. 13.

30. Rodríguez Aniceto, 1919, pp. 5-6.

31. Rodríguez Aniceto, 1919, p. 7.

32. Rodríguez Aniceto, 1919, p. 63. El vínculo entre Maquiavelo y Nietzsche puede leerse en varios autores. Véase Fraga Iribarne, 1962.

Juan Bautista Alberdi (1880-1884), uno de los principales letrados y publicistas argentinos del siglo XIX («padre intelectual» de la Constitución Nacional sancionada en 1853), rotuló al florentino como exponente de un nacionalismo militarista, derivado de su «romanismo». A esta opinión subyacía que, para Alberdi, Maquiavelo no había sido un pensador original, sino un glosador de la tradición romana, especialmente de la republicana, y que de ello se derivaba su militarismo (en otras palabras, republicanism, militarismo e imperialismo no estaban disociados en la obra del florentino, sino que integraban una misma secuencia). Lo cierto es que, según Alberdi, el maquiavelismo encontraba testimonio contemporáneo, precisamente, en la Alemania de Bismarck³³. José Ingenieros (1877-1925), otro notorio intelectual argentino, también asoció a Bismarck con el florentino. El rasgo que definía a ambos era el «carácter fraudulento», propio de las civilizaciones «de tipo violento», una afirmación sugestiva en las coordenadas del siglo XIX, pues también trasunta cierto escepticismo respecto de la historia entendida como progreso, al asociar civilización con violencia antes que con paz o justicia³⁴.

Otras intervenciones vertieron juicios opuestos. El vínculo entre Maquiavelo y Bismarck, o, en otro sentido, el retrato de Maquiavelo delineado por Morley, referidos y citados, fueron utilizados para trazar semblanzas positivas, o para discutir la demonización del nacionalismo teutón.

Un buen ejemplo al respecto, en Argentina, lo ofrece Ernesto Quesada, otro nombre destacado de la cultura de ese país en el cambio del siglo XIX al XX, y, ciertamente, de perdurables posiciones germanófilas³⁵. Hay dos intervenciones de Quesada a destacar aquí. En un libro dedicado a una de los personajes políticos más controvertidos de la Argentina del siglo XIX, Juan Manuel de Rosas, gobernador de la Provincia de Buenos Aires en dos oportunidades (1829-1833 y 1835-1853), y artífice de una experiencia política que conjugó un liderazgo caudillista, una concepción unanimista del poder, el respaldo popular, y el autoritarismo (plasmado en la persecución e incluso en el asesinato de opositores y disidentes), Quesada acudió a Maquiavelo y citó a Morley para justificar políticamente tales procedimientos y acciones de Rosas³⁶.

Maquiavelo, para Quesada, era el «maquiavelismo». Pero, en ciertas circunstancias (cuando prevalecía la «necesidad», es decir, cuando el ejercicio discrecional del poder tenía como objetivo la conservación del orden), sus procedimientos eran legítimos, no despreciables. Era razonable rechazar el «maquiavelismo» y tomar distancia de un juicio de las acciones políticas exclusivamente en función de sus resultados, con independencia de los medios empleados. Pero también debía entenderse que las circunstancias podían exigir semejantes comportamientos. Y, en tales coordenadas, la responsabilidad política, distinta a la moral privada, era la que debía guiar la conducta del gobernante:

33. Alberdi (1870), 1997, p. 14.

34. Ingenieros, 1920, pp. 125-126.

35. Buchbinder, 2012.

36. Sobre Rosas y este período de la historia argentina, Halperin Donghi, 1972; Myers, 1995.

preciso es juzgar a Rosas como hombre de gobierno, con el criterio de estadista, y sería hasta cierto punto una hipocresía quererlo medir con el cartabón de la moral privada. Un gobernante tiene, ante todo, la responsabilidad del país que dirige; se encuentra obligado a actuar con fuerzas, con situaciones, en las cuales la moral del individuo no sólo nada tiene que ver, sino que gobernar exclusivamente con ella sería quizá la más indisciplinable de las ingenuidades.³⁷

Quesada dejó consideraciones similares cuando su atención se concentró, precisamente, en Bismarck. Bismarck había sido un «estadista» pues había logrado la «unificación difícil de una nacionalidad que, durante siglos, había vivido destrozada hasta el punto de constituir sólo «una expresión geográfica». Quesada destacaba que «si bien nadie puede negar la evidencia de la situación y resultados semejantes, son muchos los que condenan los medios de que para realizarlos se sirvió, y estigmatizan el procedimiento, verdaderamente autocrático, de que echó mano»³⁸.

Bismarck había sido «fundador y organizador de una nación»³⁹, y su ideal había consistido en «la patria unida, fuerte, y apoyada en un formidable poder militar»⁴⁰. Asimismo, había comprendido que «para realizar grandes fines, se necesita absoluta unidad de dirección, y prescindir a las veces de los obstáculos irritantes que suelen derivarse de la letra de los textos, cuando son éstos interpretados con espíritu estrecho y mezquino»⁴¹. A su vez, había advertido «que la providencia debía proteger las acciones que tendieran a encarnar altos y levantados ideales; sin que por ello dejara de adelantarse con el propio esfuerzo, a la ayuda en que confiaba»⁴². De hecho, Bismarck había puesto «a su servicio la inconstante fortuna»; es decir, encarnaba la «virtú» ponderada por el autor florentino⁴³.

Años más tarde, en otro texto, Quesada destacó que:

La política, pues, no es un sistema lógico sino un aspecto fisionómico de la vida pública, tal cual la situación y el ambiente lo exigen, sin preocuparse de lo que debiera o pudiera ser sino de lo que realmente es: los hombres de gobierno son, entonces, los que mejor ven lo que es, lo que es posible, y tratan de realizarlo⁴⁴.

Las formas de gobierno, por ende, eran irrelevantes frente a los «métodos de la política». Pues éstos: «son los mismos en una monarquía o en una república, en una autocracia o

37. Quesada, 1898a, p. 148.

38. Quesada, 1898b, p. 5.

39. Quesada, 1898b, p. 6.

40. Quesada, 1898b, p. 35.

41. Quesada, 1898b, p. 42.

42. Quesada, 1898b, p. 43.

43. Quesada, 1898b, p. 45.

44. Quesada, 1924, p. 100. El eje principal de este texto es una reflexión sobre Spengler, un autor alemán también recurrentemente vinculado a Maquiavelo. De ello hay varios testimonios en el campo intelectual argentino. Véase a modo de ejemplo Astrada, 1924.

una democracia [...] La política, pues, es el arte de mandar, en el gobierno, y de obedecer, en la masa». En consecuencia, «el estadista es, ante todo, un individuo que prescinde de teorías y doctrinas, pero que es conocedor nato de hombres y de cosas»⁴⁵. A ello, por lo demás, debía agregarse que, en el hombre de gobierno, tal como Rosas o Bismarck lo habían ejemplificado, «sus convicciones privadas no deben jamás impedir su libertad de acción; el político no tiene más convicción que el tino de gobierno»⁴⁶.

En suma, Quesada acudió a Maquiavelo, y, conviene resaltarlo, tal como lo había retratado Morley (es la única cita explícita, por ejemplo, en el libro sobre Rosas) para retratar hombres del poder como el gobernador bonaerense o el canciller alemán. Aspectos atribuidos al autor de *El Príncipe* que usualmente habían merecido el repudio o el juicio condenatorio fueron retomados por Quesada para trazar semblanzas elogiosas de personajes polémicos⁴⁷.

Quesada retomó de Morley un punto que el autor británico había subrayado, pero no elogiado, como se vio más arriba, pensar los procedimientos del hombre de gobierno en situaciones excepcionales, y evaluar sus comportamientos sin acudir a la «moral privada». De hecho, el intelectual argentino afirmó que el caos y el conflicto en ausencia de unidad política era «el estado social que retrata tan vívidamente Maquiavelo en su libro famoso»⁴⁸. En consecuencia, para Quesada, Maquiavelo no remitía a la tiranía, sino a las formas de ejercer el poder que las circunstancias exigían en momentos específicos y cuyo objetivo era, en última instancia, la afirmación del poder, la unidad política y la consolidación estatal, no el expansionismo o la vocación imperial. En el análisis de Quesada, Maquiavelo era fundamentalmente un autor de inquietudes conservadoras.

Un último ejemplo que, en el mundo atlántico hispanoparlante, y más específicamente en Hispanoamérica, refleja el interés por Maquiavelo para pensar el nacionalismo, particularmente el alemán, y el imperialismo del pasaje del siglo XIX al XX, a partir de una recuperación y a la vez de una crítica de argumentos como los de Morley, Reinsch o Posada, es el de Orestes Ferrara (1876-1972), intelectual, político y diplomático cubano de origen italiano⁴⁹.

Ferrara dedicó un estudio detallado a Maquiavelo, en el que lo concibió (de manera similar a Morley o Posada) ante todo como un autor fundacional del Estado Moderno. En su lectura, el republicanismo o las formas de gobierno ocupaban un lugar secundario en el pensamiento del florentino. Con todo, la vinculación entre unidad nacional y construcción estatal no condujo a Ferrara a ver en Maquiavelo un autor del Estado-fuerza o un precursor intelectual de fenómenos como el imperialismo o la Primera Guerra Mundial. A su entender,

45. Quesada, 1924, pp. 102-103.

46. Quesada, 1924, p. 103.

47. Vale, con todo, destacar un matiz: Quesada definió a Napoleón III como «pseudo Maquiavelo», por ser un personaje ambicioso e inmoral, pero a la vez torpe. Es decir, Bismarck era Maquiavelo por ser artífice de la unidad nacional y la construcción estatal, pero, paralelamente, Quesada apeló al «maquiavelismo» para denigrar un personaje que desdeñaba. Quesada, 1898b, p. 45.

48. Quesada, 1924, p. 108.

49. Ferrara llegó a Cuba poco antes de la guerra de 1898; fue embajador de Cuba en Estados Unidos en la década de 1920, Secretario de Estado en los años 30 y delegado a la UNESCO.

el autor de *El Príncipe* había detectado características intrínsecas al poder y al Estado, y ello era lo que vertebraba su realismo político, así como la separación entre moral y política (que no implicaba una justificación política de la inmoralidad)⁵⁰.

Desde esta perspectiva, en otro texto, Ferrara objetó la responsabilización de Alemania en la Primera Guerra Mundial, el lugar de intelectuales como Treitschke (o, tal como había planteado Rodríguez Aniceto, Nietzsche) en la agitación nacionalista teutona, y, finalmente, la afirmación de que Maquiavelo, recuperado por Treitschke, era el referente intelectual del caos en el que el mundo se había sumido en 1914. Sostuvo esta afirmación desde dos argumentos contundentes. Por un lado, la responsabilización alemana había sido una construcción británica; el nacionalismo alemán no había sido diferente al fervor nacionalista que otros países, Inglaterra entre ellos, habían experimentado en su momento:

Otros pueblos cuando han pasado por un periodo histórico igual no han tenido menos veleidades. Desde el *civis romanus sum* de la antigüedad hasta la arrogancia napoleónica y la alternería inglesa, los ejemplos no son pocos. Treitschke era producto de este periodo de gloria que Alemania disfrutó, asistía al desenvolvimiento de una política de hegemonía; en sus horas de estudio vivía las glorias del pasado, en las de la actividad cotidiana las del presente⁵¹.

En segundo lugar, la atribución de responsabilidades intelectuales a autores como Treitschke, además de sobreestimar su influencia, desconocía que tanto sus ideas, como aquellos argumentos que había tomado de Maquiavelo eran, más que elaboraciones personales, la identificación de características intrínsecas a todo Estado:

Él (Treitschke) había ligado a la idea de Estado el concepto de la fuerza, siguiendo las hormas de Maquiavelo. Muy cierto, pero esta afirmación no constituye una novedad, ni es una herejía; lo contrario, sí, sería lo uno y lo otro. Sin fuerza no hay Estado; el atributo del Estado es la fuerza; antes que Treitschke lo habían dicho todos los manuales de derecho político⁵².

En suma, Quesada o Ferrara conocieron y retomaron las controversias suscitadas alrededor de Maquiavelo (fundamentalmente a partir del texto de Morley), como un autor del nacionalismo militarista y del imperialismo, así como de una noción de Estado opuesta al Estado de Derecho liberal. Pero, a diferencia de otros autores del mundo atlántico hispanoparlante (por ejemplo, Adolfo Posada), objetaron ese tipo de interpretaciones. Las objeciones fueron tanto hacia la manera de entender el pensamiento del florentino como hacia la singularidad y la responsabilidad del nacionalismo y del estado alemán en las tensiones geopolíticas que, para el momento en que Ferrara publicó sus textos, ya habían desembocado en la Gran Guerra. Vale destacar, de todos modos, que, en lo concerniente a Maquiavelo, Quesada y Ferrara no tuvieron lecturas similares. Para el ítalo-cubano, Maquiavelo remitía ante todo a

50. Ferrara, 1928.

51. Ferrara, 1915, pp. 154.

52. Ferrara, 1915, pp. 154-155.

la afirmación de la autoridad estatal. Para el argentino, Maquiavelo había sido un autor concentrado en procedimientos de gobierno, no en el Estado, y más específicamente, en aquellos orientados a la afirmación del orden más que de la libertad.

Por último, cabe agregar otro tipo de formulaciones que circularon en este período en Hispanoamérica y que vincularon a Maquiavelo con el imperialismo. En ellas, el florentino también fue entendido como inspirador o padre intelectual de ese fenómeno, pero fue diferente el caso elegido como ejemplo. En lugar de Alemania, de manera sugestiva, la aplicación de las enseñanzas maquiavélicas encontraba su máximo promotor en los Estados Unidos de América en el escenario abierto a partir de la guerra de 1898, a raíz de la cual España perdió sus últimas colonias (Cuba, Puerto Rico, Filipinas). El hundimiento del buque Maine, que detonó el conflicto, fue entendido como una estrategia premeditada para agitar las pasiones nacionales norteamericanas y justificar la guerra: «Este inmenso buque fue volado y hundido en el puerto de la Habana el 15 de Febrero de 1898. —Maquiavelo inspiraba y dirigía este plan diabólico, ¡Maquiavelo trabajaba!»⁵³. En consecuencia: «Cuba es una prueba de la cobardía y la maldad del yanqui. De todos modos la guerra era segura y los planes de Maquiavelo cumplíanse a maravilla»⁵⁴.

Este tipo de testimonios indican, entonces, que la conexión entre Maquiavelo y el imperialismo fue conocida en Hispanoamérica, discutida tal como había sido tratada en Europa (es decir, para trazar una visión crítica y condenatoria del nacionalismo y el imperialismo, fundamentalmente en su versión alemana), pero, a la vez, utilizada para caracterizar los fenómenos que también se destacaban como los más novedosos (y amenazadores), del cambio del siglo XIX al XX, léase, los afanes expansionistas norteamericanos acelerados después de 1898. Desde este punto de vista, puede decirse que el retrato «maquiavélico» de los Estados Unidos fue uno de los tópicos a través de los cuales se manifestaron las formulaciones iniciales del antiimperialismo en la América de habla española. Es sugestivo que dos de los autores aquí abordados fueran cubanos, y vale recordar que el último texto citado tiene por título, ilustrativamente, *Contra el yanqui*⁵⁵.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas se ha abordado una zona de la reflexión y del pensamiento político del pasaje del siglo XIX al XX en la cual Maquiavelo adquirió la estatura de referente ineludible para el estudio de la política internacional de ese momento histórico. La producción intelectual vista en este artículo presenta, en este sentido, al menos tres características a resaltar.

53. Gandarilla, 1913, p. 15.

54. Gandarilla, 1913, p. 17. El capítulo que contiene todas estas afirmaciones, el primero del libro, se titula, precisamente, «Maquiavelo trabajando».

55. Sobre las primeras modulaciones del antiimperialismo latinoamericano: Marichal y Pita González, 2012; Bruno, 2013; Kozel et al., 2015.

Por un lado, la conexión de Maquiavelo con el imperialismo, especialmente con el alemán, tuvo a sus principales exponentes en Inglaterra. Es sugerente, en sí mismo, que el florentino haya sido utilizado para pensar (y repudiar) el nacionalismo y el imperialismo alemán, teniendo en cuenta que había sido un autor especialmente recuperado a lo largo del siglo XIX en ese país para reflexionar sobre la nación y el estado, en la filosofía, la historia y el derecho público. Vale recordar, asimismo, que una de las controversias suscitadas por la producción intelectual aquí analizada fue justamente la de adjudicar al antigermanismo prevaleciente en Inglaterra la caracterización «maquiavélica» del nacionalismo alemán. Y también cabe resaltar que la atención por Maquiavelo entre intelectuales y publicistas británicos fue señalada como una novedad en la cultura y las ideas anglosajonas del fin de siglo. El repudio al imperialismo germánico por «maquiavélico» resulta a su vez sugerente teniendo en cuenta la importancia que adquirió por entonces en Inglaterra (así como en los Estados Unidos) el «internacionalismo liberal»⁵⁶.

Ahora bien, todo ello no oculta que, como se ha tratado aquí, esta interpretación de Maquiavelo trascendió marcos nacionales y estuvo presente en intelectuales y publicistas europeos, norteamericanos e hispanoamericanos. De hecho, se ha visto que fue usual que los autores abordados en este artículo se refirieran o citaran entre sí. Merece destacarse que el extendido interés (geográfico e intelectual) que recibió el autor de *El Príncipe* a lo largo del siglo XIX motivó que, a inicios del siglo XX, algunos especialistas definieran al siglo XIX como «el siglo de Maquiavelo»⁵⁷.

No hay espacio aquí para detenerse en los factores que permitirían explicar la circulación de esta forma de aludir a Maquiavelo, y a través de ella, de explicar el nacionalismo y el imperialismo, pero pueden contemplarse, al menos, tres aspectos. En primer lugar, los adelantos tecnológicos, que aceleraron la circulación y la difusión de información a través de la prensa (el texto de Morley, originalmente una conferencia, fue reseñado y discutido en publicaciones periódicas, y no todas ellas académicas). En relación con lo anterior, el desarrollo del mercado editorial, en especial en Hispanoamérica, que atravesó un salto cualitativo respecto de momentos anteriores del siglo XIX⁵⁸. Por último, la afirmación de áreas disciplinares novedosas en el ámbito universitario. Respecto de esto último, merece destacarse sobre todo el Derecho Político, que se delineó como un campo académico dotado de singularidad en el cambio del siglo XIX al XX, y en el cual ciertas concepciones de Maquiavelo aquí referidas, especialmente aquella que lo entendió como un autor fundacional del Estado moderno, cobraron vigor y consolidación. Adolfo Posada es un buen ejemplo de todo ello en España, es decir, de la consolidación del Derecho político como campo de saber y del entendimiento del florentino como teórico estatal⁵⁹.

56. Domínguez Benito, 2018; Sánchez Román, 2021.

57. Prezzolini, 1927, p. 7.

58. Caimari, 2021.

59. Martín, 2019.

En segundo lugar, es de destacar, precisamente, que esta producción intelectual otorgó a Maquiavelo dos rasgos que eran relativamente novedosos, teniendo en cuenta cómo había sido entendido hasta entonces durante buena parte del siglo XIX. Uno de esos rasgos fue atribuirle vigencia o contemporaneidad. Hasta entonces, no había sido infrecuente caracterizar al autor de los *Discursos* como una figura obsoleta, que poco tenía para aportar a la comprensión de la política en el siglo XIX, debido a que su obra provenía de un momento histórico superado e inferior al del presente, definido como había estado por la corrupción y la violencia. Atribuirle vigencia, por ende, supuso, al mismo tiempo, revalorizarlo como autor (aunque no se coincidiera con sus enseñanzas), porque en lugar de testigo de una época, había identificado aspectos de la política que emergían como universales o constantes, y, a la vez, significaba cierta suspensión del optimismo respecto de la historia entendida como progreso. En las lecturas aquí vistas, Maquiavelo fue recuperado para trazar un diagnóstico sombrío sobre la política del cambio del siglo XIX al XX. En otras palabras, la atribución de vigencia al florentino, tal como se hizo en la mayoría de los textos aquí abordados, fue un modo de manifestar escepticismo ante el progreso y la civilización como destinos manifiestos, o, incluso, de concebir la historia como incertidumbre o como pautada por recurrencias cíclicas, más que como un curso ascendente y progresivo.

El otro rasgo intrínseco a estas lecturas de Maquiavelo fue, justamente, los fenómenos con los que se lo vinculó, y que, por ende, justificaban el escepticismo, cuando no la preocupación y la alarma. El florentino era sinónimo de militarismo e imperialismo, estuvieran estos fenómenos encarnados por Alemania o por los Estados Unidos de América.

La invocación a Maquiavelo para entender o analizar el imperialismo debe resaltarse al menos por dos razones. En primer lugar, y con relación a la intelección de la obra del florentino, su vinculación con el imperialismo y el nacionalismo militarista suponía una concepción negativa o reprobatoria de sus ideas y de su legado, la perduración del «maquiavelismo» como cifra distintiva de su obra (una expresión, como se vio, literalmente utilizada por varios autores aquí citados). Sólo excepcionalmente hubo quienes vieron en el «maquiavelismo» rasgos o conductas legítimas, pero incluso en estos casos tampoco fueron celebradas abiertamente, como se vio en el argentino Ernesto Quesada. De todos modos, la perduración de una concepción «maquiavélica» de Maquiavelo no debe hacer perder de vista que contenía diferencias con otras versiones del «maquiavelismo». En lugar de tiranía o absolutismo, el «maquiavelismo» destacado en el pasaje del siglo XIX al XX identificó otros fenómenos con ese rótulo, fuera una forma particular de Estado (el «Estado-fuerza» o «potencia»), o el expansionismo nacionalista e imperialista.

Es con relación a este punto que merece subrayarse otro aspecto. La mayoría de los autores aquí estudiados, fueran cuales fuesen sus valoraciones de Maquiavelo, entendieron que había sido un partidario de la república y no de los principados, o de cualquier otra manera posible de poder personal. Retratar a Maquiavelo como un autor republicano y destacar al mismo tiempo sus invocaciones imperialistas implicaba, en este sentido, una toma de posición respecto de qué republicanism había postulado Maquiavelo. Desde este punto de vista, los textos aquí vistos tenían un contrapunto con otra importante producción intelectual del cambio del siglo XIX al XX, la historiografía abocada, precisamente, a la Roma antigua. Piénsese por ejemplo en los estudios de Theodor Mommsen (un opositor, por lo demás, a

Bismarck). En esta historiografía (que continuaba una larga tradición, de la cual Maquiavelo, justamente, formaba parte), lo usual había sido contrastar república e imperio. El imperio había implicado la defunción de la república⁶⁰. En consecuencia, la concepción de Maquiavelo como un republicano que, a la vez, justificaba el imperialismo, era una lectura en sí polémica sobre su obra, pues planteaba una conexión entre republicanismo y expansionismo imperialista, y, más en general, abría el interrogante sobre si república e imperio, a través de Maquiavelo, podían pensarse como fenómenos convergentes antes que excluyentes⁶¹.

El otro punto para destacar de la invocación a Maquiavelo para entender el imperialismo tiene menos que ver con las interpretaciones de su pensamiento, y más con el diagnóstico de la política de fines del siglo XIX que se ensayó por entonces. Más arriba se señaló que un rasgo de ese diagnóstico es que incluía una faceta de tono sombrío acerca de las promesas de progreso basadas en las filosofías de la historia decimonónicas. Una segunda característica identificable es que la concepción misma del imperialismo como prueba de la vigencia o de la reactualización de Maquiavelo indica que durante la «Era del Imperio», la explicación de este fenómeno desde variables económicas, como las que enarbolaron John Hobson primero y Lenin después, o en Hispanoamérica, las que postularon el «materialismo» como rasgo distintivo de la voracidad expansionista de los Estados Unidos, no fueron las únicas. Maquiavelo permitió pensar el imperialismo desde claves estrictamente políticas, vinculadas al tipo de Estado del que se lo consideró precursor, y que se entendió que había ganado fuerza en distintas geografías a lo largo del siglo XIX.

Teniendo en cuenta este aspecto, merece subrayarse un último punto. En los textos aquí estudiados, la asociación de Maquiavelo con la construcción de la nación y del Estado no se vinculó con un repertorio liberal. Es un punto importante, porque la edificación de estados nacionales fue un proyecto, y a menudo una concreción, del liberalismo del siglo XIX. La asociación de Maquiavelo con el nacionalismo a fines de esa centuria y en el inicio del siglo XX, en cambio, no fue para destacar su relación con el liberalismo (ni siquiera con un «imperialismo liberal»), sino con fenómenos que se entendían opuestos a los de un orden liberal, una política de fuerza, agresiva, militarista, e inclusive (por ejemplo, en aquellos autores que filiaron a Maquiavelo con Nietzsche), irracionalista, o al menos, nihilista.

Esta manera de concebir la obra y el legado del florentino se profundizó luego de la Primera Guerra Mundial. De hecho, textos aquí citados, como los de Posada o Rodríguez Aniceto, fueron publicados durante la guerra o la inmediata posguerra. Para entonces, se multiplicaron las intervenciones que conectaron al florentino con el surgimiento del nazi fascismo y, más en general, con la crisis de la democracia liberal, fuera para deplorar o celebrar tales fenómenos. Desde este punto de vista, la producción intelectual vista en este artículo es, a su modo y con sus singularidades, un testimonio sugestivo, revelador, del ocaso del optimismo y de la confianza en los principios y valores liberales que habían pautado buena parte del pensamiento y de la política occidental durante el siglo XIX.

60. Véase Catalano, 1991, pp. 60-74.

61. Hulliung, 1983; Manin, 2002; Hornqvist, 2004; Viroli, 2009.

Bibliografía

- Acton, John Dalberg (Lord Acton) (1907). Introduction to L. A. Burd's Edition of *Il Principe* by Machiavelli (1891). En John Dalberg Acton (Lord Acton), *The History of Freedom and Other Essays* (pp. 212-231). MacMillan.
- Alberdi, Juan Bautista (1997). *El crimen de la guerra* (1870). En Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos de Juan Bautista Alberdi*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Astrada, Carlos (1924). *La Real Politik. De Maquiavelo a Spengler*. Estudio Gráfico Biffignandi.
- Barthas, Jérémie (2010). Machiavelli in political thought from the age of revolutions to the present. En John Najemy (ed.), *The Cambridge Companion to Machiavelli* (pp. 256-273). Cambridge University Press.
- Ben Saad, Nizar (2007). *Machiavel en France: des lumières à la révolution*. L'Harmattan.
- Berger, Stefan y Miller, Alexie (eds.) (2011). *Nationalizing Empires*. Central European University.
- Berlin, Isaiah (1992). La originalidad de Maquiavelo. En Isaiah Berlin, *Contra la Corriente. Ensayos sobre Historia de las Ideas* (pp. 85-143). Fondo de Cultura Económica.
- Bickers, Robert y Henrito, Christian (eds.) (2000): *New Frontiers: Imperialism's New Communities in East Asia 1842-1953*. Manchester University Press.
- Bruno, Paula (2013). Estados Unidos como caleidoscopio. Ensayo sobre las observaciones de viajeros y diplomáticos del fin de siglo. *Revista Complutense de Historia de América*, 39, pp. 23-38.
- Buchbinder, Pablo (2012). *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina: 1850-1934*. Edhasa.
- Caimari, Lila (2021). *Cities and News. Urban Imagination in the Age of Global Journalism*. Cambridge University Press.
- Carta, Paolo y Tabet Xavier (coords.) (2007). *Machiavelli nel XIX e nel XX secolo. Machiavel aux XIXe et XXe siècles*. Cedam.
- Catalano, Pierangelo (1991). *Costituzionalismo Latino. Ricerche giuridiche e politiche*. Istituto Universitario di Studi Europei.
- Clarke, William (1899). Bismarck. *The Contemporary Review*, 75, pp. 1-17.
- Curtin, Philip D. (2000). *The World and the West: European Challenge and the Overseas Response in the Age of Empire*. Cambridge University Press.
- Del Lucchese, Filippo (2015). *The political philosophy of Niccolò Machiavelli*, Edinburgh University Press.
- Domínguez Benito, Héctor (2018). *James Bryce y los fundamentos intelectuales del internacionalismo liberal (1864-1922)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Esposito, Roberto (1996). *Confines de lo político. Nueve pensamientos sobre política*. Trotta.
- Ferrara, Orestes (1915). *La guerra europea causas y pretextos*. D. Appleton y compañía.
- Ferrara, Orestes (1928). *Maquiavelo*. Imprenta el Siglo XX.
- Forte, Juan Manuel y López Álvarez, Pablo (Eds.). (2008): *Maquiavelismo y antimachiavelismo en la cultura española de los siglos XVI y XVII*. Biblioteca Nueva.
- Fraga Iribarne, Manuel (1962). *El Nuevo Anti Maquiavelo*. Instituto de Estudios Políticos.
- Gandarilla, Julio César (1913). *Contra el yanqui*. Imprenta y papelería de Ramela, Bouza y Ca.
- Gascoigne, John (2006). The Expanding Historiography of British Imperialism. *The Historical Journal*, 49 (2), pp. 577-592.

- Georgini, Giovanni (2013). Five Hundred Years of Italian Scholarship on Machiavelli's Prince. *The Review of Politics*, 75 (4), pp. 625-640.
- Goldman, Noemí y Salvatore, Ricardo (eds.) (1998). *Caudillos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Eudeba.
- Greenwood, Frederik (25 de septiembre, 1897). Machiavelli in Modern Politic. *The Living Edge*.
- Halperin Donghi, Tulio (1972). *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Siglo XXI.
- Harrison, Frederic (Noviembre, 1897). The Modern Machiavelli. *The Eclectic Magazine of Foreign Literature*, 66 (5), pp. ??
- Hendrickson, David C. (2015). Machiavelli and Machiavellism. En Timothy Fuller (ed.), *Machiavelli's Legacy. The Prince After Five Hundred Years* (pp. 105-126). University of Pennsylvania Press.
- Hertford, C. H. (Julio, 1897). Mr. Morley and Machiavelli. *The Bookman*, n° ?, pp. 92-93.
- Hornqvist, Mikael (2004). *Machiavelli and Empire*. Cambridge University Press.
- Howard, Keith David (2014). *The Reception of Machiavelli in Early Modern Spain*. Tamesis.
- Hulliung, Mark (1983). *Citizen Machiavelli*. Princeton University Press.
- Ingenieros, José (1920). *La simulación en la lucha por la vida*. Talleres Gráficos Schenone Hnos.
- Kahn, Victoria (2010). Machiavelli's afterlife and reputation to the eighteenth century. En John Najemy (Ed.), *The Cambridge Companion to Machiavelli* (pp. 239-255). Cambridge University Press.
- Kozel, Andrés; Grossi, Florencia y Moroni, Delfina (coords.) (2015). *El imaginario antiimperialista en América Latina*. CLACSO-Centro Cultural de la Cooperación.
- Lefort, Claude (2010). *Maquiavelo. Lecturas de lo político*. Trotta.
- Litvin, Boris (2019). Mapping rule and subversion: Perspective and the democratic turn in Machiavelli scholarship. *European Journal of Political Theory*, 18 (1), pp. 3-25.
- Manent, Pierre (1990). *Historia del pensamiento liberal*. Emecé.
- Manin, Bernard (2002). Montesquieu, la república y el comercio. En José Antonio Aguilar y Rafael Rojas (Coords.) *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política* (pp. 13-56). Fondo de Cultura Económica.
- Maravall, José Antonio (1983). *Estudios de historia del pensamiento español*. Ediciones Cultura Hispánica.
- Maria Fradera, Josep. (2015). *La Nacion Imperial* (2 vols). Edhasa.
- Marichal, Carlos y Pita González, Alexandra (Coords.) (2012). *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*. Colmex/ Universidad de Colima.
- Markovits, Claude (2000). *The Global World of Indian Merchants. 1750-1947: Traders of Sind from Bukhara to Panama*. Cambridge University Press.
- Martín, Sebastián (2011). Estudio preliminar, edición y notas. En Francisco Ayala, Eduardo L. Llorens y Nicolás Pérez Serrano. *El derecho político de la Segunda República*. Universidad Carlos III.
- Morgenthau, Hans (1948). *Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace*. Alfred A. Knopf.
- Morley, John (1897). *Machiavelli. The Romanes Lecture delivered in the Sheldonian Theatre, June 2, 1897*. MacMillan.
- Myers, Jorge (1995). *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Posada, Adolfo (1915). *La idea del Estado y la guerra europea*. V. Suárez.

- Prezzolini, Giuseppe (15 de septiembre, 1927). Four Hundred Years of Machiavelli. *The Living Age*.
- Price, Russell (2005). L. Arthur Burd, Lord Acton, and Machiavelli. En John E. Law y Lene Østermark-Johansen, Lene (Eds.), *Victorian and Edwardian Responses to the Italian Renaissance* (pp. 257-280). Routledge.
- Puigdomenech, Helena (1988). *Maquiavelo en España: presencia de sus obras en los siglos XVI y XVII*. Fundación Universitaria Española.
- Quesada, Ernesto (1898a). *La época de Rosas*. Moen.
- Quesada, Ernesto (1898b). *Bismarck y su época*. Peuser.
- Quesada, Ernesto (1924). *La evolución del derecho público (política y económica) según la doctrina spengleriana*. Universidad de Buenos Aires.
- Rahe, Paul (ed.) (2006). *Machiavelli's Liberal Republican Legacy*. Cambridge University Press.
- Reinsch, Paul (1916) *World politics at the end of the nineteenth century, as influenced by the oriental situation* (1900). Macmillan.
- Rodríguez Aniceto, Nicolás (1919). *Maquiavelo y Nietzsche*. Imprenta de Fortanet.
- Sánchez Román, José Antonio. (2021). *La Sociedad de Naciones y la reinención del imperialismo liberal*. Marcial Pons.
- Scanlan, Thomas (1999). *Colonial Writing and the New World, 1583-1671: Allegories of Desire*. Cambridge University Press.
- Scichilone, Giorgio E. M. (Ed.) (2011). *Machiavellismo e Antimachiavellismo nel pensiero cristiano europeo dell' Ottocento e del Novecento*. *Storia e Política. Revista Quadrimestrale*. Ettore Majorana Foundation and Centre for the Scientific Culture Università degli Studi di Palermo.
- Smith, Norman H. (1897). John Morley and Machiavelli. *Outlook*, 56, (11), pp. 635-636.
- Somos, Mark (2011). A century of 'Hate and Coarse Thinking': Anti-Machiavellian Machiavellism in H.G. Wells' *The New Machiavelli* (1911). *History of European Ideas*, 37 (2), pp. 137-152.
- Spitz, Jean Fabien (2017). The Reception of Machiavelli in Contemporary Republicanism: Some Ambiguities and Paradoxes. En David Johnston, Nadia Urbinati, Nadia y Camila Vergara (eds.), *Machiavelli on Liberty and Conflict* (pp. 309-329). The University of Chicago Press.
- Strauss, Leo (1964). *Meditación sobre Maquiavelo*. Instituto de Estudios Políticos.
- Suárez Cortina, Manuel (2019). *Los caballeros de la razón. Cultura institucionista y democracia parlamentaria en la España liberal*. Genuève.
- Viroli, Maurizio (2009). *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*. Akal.
- Wells, Herbert George. (1911). *The New Machiavelli*. John Lane The Bodley Head.
- Zarka, Yves-Charles (2008). *Filosofía y política en la época moderna*. Escolar y Mayo.
- Zuckert, Catherine H. (2019). Review Essay: Machiavelli: Radical Democratic Political Theorist?. *The Review of Politics*, 81 (3), pp. 499-510.